

El Salvador en 2007 Política, economía y sociedad*

Luis Armando González**

Resumen

En este artículo se hace una reseña de los dinanismos políticos, económicos y sociales que se generaron en 2007, y se reflexiona sobre las perspectivas de El Salvador para 2008. Uno de sus argumentos centrales es que el quehacer político, en 2007, se caracterizó por los más variados reacomodos partidarios; esos reacomodos han estado condicionados por dinámicas no solo políticas, sino también sociales y económicas; dinámicas en torno a las cuales los partidos (y sus dirigencias) intentaron posicionarse de la mejor manera a modo de obtener los mayores beneficios posibles. Con todo, lo más sobresaliente fue, por un lado, el sesgo autoritario que se introdujo a determinadas prácticas estatales; y, por otro, la campaña electoral anticipada, en la cual Arena y el FMLN hicieron apuestas que —desde sus propios cálculos— los conducirán directo al control del Ejecutivo.

Palabras clave:

análisis económico, análisis político, análisis sociológico, El Salvador, elecciones, partidos políticos, pobreza, política gubernamental, problemas sociales, seguridad pública.

* Una versión previa de este documento fue preparado para la Fundación Friedrich Ebert.

** Director del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI), UCA.

Los dinamismos políticos, económicos y sociales que han marcado a El Salvador en 2007 son expresión de algo más profundo: una fractura estructural que atraviesa al país, en virtud de la cual los tres ámbitos fundamentales que lo constituyen (el económico, el político y el socio-cultural) no solo no se complementan entre sí (es decir, no son coherentes), sino que cada uno de ellos sigue una lógica particular, con ritmos y tiempos distintos. Esta fractura convierte a la sociedad salvadoreña en una sociedad desintegrada y anómica, en la cual el nexo social —el vínculo entre individuos sostenido por el reconocimiento y el respeto mutuos— está a un paso de romperse, dando pie a que se configure un esquema de convivencia social caracterizado por una especie de guerra de todos contra todos.

Este es el peor de los escenarios que se le abren al país en su futuro inmediato. Sencillamente, se trataría, de hacerse realidad los peores augurios, de una sociedad inviable, en tanto que las solidaridades fundamentales se habrían roto. Esta es una visión de conjunto de nuestra sociedad, ciertamente pesimista. Pero un vistazo, también general, de cada uno de los ámbitos que la conforman refuerza ese pesimismo. En primer lugar, se tiene el ámbito económico, que es el que más alimenta el espejismo del progreso, la modernización y la prosperidad. Dejando de lado el asunto de que en ninguna sociedad el mero crecimiento económico es garantía de bienestar social, el crecimiento en el país es una ficción, porque no tiene una base de sustentación firme. Depende de las remesas y, en estos momentos, se le quiere apuntalar con la promoción de inversiones extranjeras en el sector servicios, libre de impuestos. Esto supone ahogar más al sector agrícola y mantener en el estancamiento al sector industrial, sin cuya participación no hay crecimiento económico sostenible en el largo plazo.

Desde finales de 1989, se apostó por un esquema económico terciarizado, incapaz de asegurar la reproducción material de la sociedad salvadoreña. Su avance y consolidación se ha leído como señal de modernización económica (porque ha dado lugar a un proceso de expan-

sión de centros comerciales y financieros); y los beneficios obtenidos por sus gestores, como bonanza y crecimiento económicos. De más está decir que este esquema económico ha alimentado el optimismo de la derecha empresarial y política, convencida de que “lo mejor está por llegar”. En resumen, la fractura estructural de la sociedad salvadoreña tiene una de sus raíces en un esquema económico insostenible en el tiempo, cuyo anclaje en los servicios ha implicado el abandono del sector agrícola y el estancamiento del sector industrial.

En segundo lugar, está el ámbito político, esto es, el ámbito de los partidos y el Estado. Aquí el esquema prevaleciente apunta a la concentración del poder político en manos de la derecha representada por Arena, aunque ello no quiere decir que algunas cuotas del mismo no se repartan entre los demás partidos. En este ámbito todo gira en torno al poder que se quiere conseguir o se quiere conservar por distintas vías, siendo las elecciones uno de los vehículos privilegiados para ello. Una especie de pasión febril por el poder se ha apoderado de los actores políticos en los momentos actuales, lo cual hace que quienes se mueven en el ámbito político se olviden permanentemente de la sociedad.

Este esquema político es funcional al esquema económico terciarizado. La razón de ello es que Arena ha impuesto su lógica, que camina por una doble vía: por un lado, la subordinación del Estado a determinados intereses económicos; y por otro, un ejercicio autoritario del poder hacia los sectores sociales excluidos (especialmente si se revelan o reclaman sus derechos). El amarre del Estado con determinados círculos empresariales ha tenido como contrapartida la ruptura de la política (en sentido amplio) con la sociedad, especialmente con sus sectores mayoritarios. Otra forma de referirse a esto es que existe un “divorcio” entre la política y la sociedad. Un esquema político que es funcional para la élite empresarial es disfuncional para la sociedad en su conjunto. De ahí su fracaso no solo para hacerse cargo de las demandas ciudadanas, procesarlas y darles respuesta, sino también para contribuir a la integración social.

En suma, los tiempos y ritmos del ámbito político no son los de la sociedad. Quienes viven en y de la política (partidaria-estatal) creen que lo suyo es la mejor expresión de una democracia consolidada. En la actual coyuntura preelectoral este optimismo está saliendo a relucir de manera desproporcionada. El optimismo de Arena nace de su seguridad de que otra vez le propinará una paliza electoral al “comunismo”; el del FMLN, de que esta vez sí cuenta con el candidato adecuado para ganar; el del centro político, de que la polarización existente le va a dar ventajas; y el del PCN y el PDC, que gane quien gane siempre van a poder negociar ciertos privilegios. Desde fuera, no hay razones para ningún optimismo, ni sobre el desarrollo de la competencia electoral (en la cual se despilfarrarán recursos necesarios para otras cosas más urgentes) ni sobre su desenlace: aun en el escenario de un triunfo del FMLN, no se ve cómo ese partido pueda resolver los graves problemas de la sociedad salvadoreña. Y es que para gobernar bien no basta con tener buenas intenciones. Hay que tener un proyecto estratégico de gobierno, así como las fuentes posibles de recursos para sostenerlo. Esto no se ve en el FMLN. Como quiera que sea, de momento, las elecciones de 2009 no anuncian nada nuevo, sino que prometen ser la reedición de experiencias pasadas.

Finalmente, se tiene el ámbito socio-cultural. Este ámbito es el que padece los embates tanto de la lógica económica como del autoritarismo político. El impacto económico sobre lo socio-cultural da lugar a una aguda contradicción en la vida de los salvadoreños y salvadoreñas: por un lado, la necesidad de sobrevivir en una situación de exclusión; por otro, la creencia de que triunfar es fácil, de que el éxito está a la vuelta de la esquina. Esto último es alimentado por una cultura del consumismo desenfrenado que se traduce en frustración social permanente. Por su parte, el impacto de lo político sobre lo socio-cultural profundiza las exclusiones, al reducir a los ciudadanos a agentes privados, sujetos a los vaivenes del mercado y ante el cual ellos son meros consumidores. Quienes no aceptan

esta condición y reclaman sus derechos deben enfrentarse con la lógica autoritaria, cuyo propósito es asegurar la pasividad pública de los sectores sociales excluidos.

Cada uno de estos grandes ejes problemáticos —así como la fractura estructural que los sostiene— se ha concretado en dinamismos más puntuales que son, precisamente, los que han dado pie a las distintas coyunturas por las que ha transitado el país en este 2007. Con aquel trasfondo en mente, en este artículo se hace una revisión de los dinamismos políticos, económicos y sociales más relevantes de este año. Asimismo, a partir de ellos, se hace una valoración acerca de las perspectivas de El Salvador en 2008.

1. Ámbito político

El quehacer político en 2007 se ha caracterizado por los más variados reacomodos partidarios; esos reacomodos han estado condicionados por determinados temas de carácter no solo político, sino social y económico, en torno a los cuales los partidos (y sus dirigencias) han intentado posicionarse de la mejor manera, a modo de obtener los mayores beneficios posibles. En este apartado se reseñan algunos de los ejes temáticos relevantes en el ejercicio político-partidario de 2007. Obviamente, no se pierde de vista —como una tesis central del análisis— que en El Salvador la esfera política se ha mostrado incapaz de cumplir con la función de procesar y responder a las demandas sociales más urgentes. Y es que lo propio de la política es su divorcio con respecto a la sociedad. Visto desde Arena, lo importante ha sido mantener sus alianzas con la Democracia Cristiana y el PCN; gracias a ellas, su influencia en la Asamblea Legislativa es la de siempre, es decir, hacer del Congreso una caja de resonancia de las decisiones del Ejecutivo. Si a ello se suma el amarre con la derecha al que está sometida la Corte Suprema de Justicia, en el país la separación de poderes, con todas sus bondades, no pasa de ser una ficción. Una ficción peligrosa, sin duda, porque su contrapartida real es el debilitamiento del Estado no solo en su capacidad de presión y negocia-

ción ante los distintos grupos de poder, sino en su capacidad de controlar (e imponer su autoridad en) el territorio nacional. Estamos, pues, ante un modelo estatal agotado y en franca crisis. Es decir, urge replantear el tema del Estado, orientando el debate no hacia los mecanismos para lograr su eliminación definitiva —sueño de algunos neoliberales—, sino hacia la conquista de un Estado democrático de derecho.

1.1. XV aniversario de los Acuerdos de Paz

2007 inició con una noticia que despertó interés entre distintos sectores socio-políticos antes de la celebración del XV aniversario del fin del conflicto armado. En efecto, el 5 de enero, una comisión interpartidaria avaló por unanimidad la “Declaración de los partidos políticos en ocasión del XV Aniversario del acuerdo de paz”, la cual sería firmada el 15 de enero por los secretarios generales y presidentes de los partidos políticos. En la Declaración, cuya redacción estuvo a cargo de una subcomisión integrada por Silvia Aguilar (Arena), Nidia Díaz (FMLN), Rafael Machuca (PCN), Ana Guadalupe Martínez (PDC), Héctor Dada Hirezi (Cambio Democrático) e Ileana Rogel (FDR), se retomaron las tres grandes líneas que se pactaron en los Acuerdos de Paz de 1992: seguridad, economía y reformas electorales. En materia económica, el compromiso era impulsar un pacto fiscal que generara condiciones para la construcción de un desarrollo humano sostenible; en materia electoral, impulsar reformas para asegurar la legitimidad del sistema; mientras que el compromiso con la seguridad apuntaba a concertar y respaldar estrategias efectivas para prevenir y combatir el fenómeno delincencial¹.

En el documento estamparían sus firmas el presidente de la República y de Arena, Antonio Saca, y el coordinador general del FMLN, Medardo González; además de los secretarios generales del PDC, Rodolfo Parker; PCN, Ciro Cruz Zepeda; CD, Héctor Dada; y FDR, Julio

Hernández. Sin embargo, todo se quedó en promesas, pues la rúbrica de la Declaración no se realizó. Hubo quienes, desde la oposición, no dudaron en responsabilizar a Arena del fracaso de la iniciativa, lo cual ponía de manifiesto —según ellos— las dificultades para un diálogo entre las diferentes fuerzas políticas del país. De todos modos, independientemente de qué partido fuera el culpable del fracaso en la firma del texto, lo cierto es que con ello se esfumaron las posibilidades de convertir al XV aniversario de los Acuerdos de Paz en una oportunidad para discutir las razones del estancamiento del proceso salvadoreño y reencontrarse con el espíritu de los históricos documentos.

Así pues, en el estilo de siempre, se celebró el XV aniversario de los Acuerdos de Paz. En los actos oficiales —efectuados en el Centro Internacional de Ferias y Convenciones— participaron, de forma conjunta, el Gobierno y el FMLN, así como representantes de distintos sectores de la sociedad salvadoreña, los firmantes de los Acuerdos de Paz y las delegaciones presidenciales de México, Panamá, República Dominicana y los países de Centroamérica. Se contó, además, con la presencia de Javier Pérez de Cuéllar, ex secretario general de la ONU, y Álvaro de Soto, ex representante de la ONU en El Salvador. Como en otros años, antes del acto oficial, tanto Arena como FMLN hicieron sus propias celebraciones. El primero lo hizo en la plaza dedicada al ex mayor Roberto D'Aubuisson, fundador del partido; el segundo, con una concentración en la Plaza Cívica, en el centro de San Salvador.

Tampoco faltaron las manifestaciones de la sociedad civil. En el monumento al Salvador del Mundo, distintas iglesias realizaron un acto de reflexión en conmemoración de la paz. Por su parte, miembros de la Asociación de Lisiados de Guerra de El Salvador se concentraron en las afueras de la Asamblea Legislativa, con el fin de exigir la agilización de la revisión de

1. “Declaración de los partidos políticos en ocasión del XV Aniversario del acuerdo de paz”, *Proceso*, 1225, 17 de enero de 2007, pp. 14-15.